

De regreso a las calles. ¿Neo-populismo o nueva izquierda?

José Miguel Candia*

Hemos de saber que una nueva era ha comenzado no cuando una nueva élite toma el poder o cuando aparece una nueva constitución, sino cuando la gente común comienza a utilizar nuevas formas para reclamar por sus intereses.

Charles Tilly, *The Contentious French*, 1986.

Resumen

¿Cómo interpretar el triunfo electoral de partidos y alianzas políticas de tinte progresista y amplia base social en algunos países de la región? ¿Qué representan los gobiernos de Chávez, Evo Morales, los Kirchner, Lula, Correa, José Mugica y la victoria de Ollanta Humala en Perú? ¿Quiénes son los actores sociales que ganan las calles con nuevos gritos de protesta y demandas que exceden los reclamos puramente económicos? Para algunos autores no es más que el regreso del péndulo político a las cuestiones de carácter social luego de dos décadas de duros programas de modernización capitalista. Para otros se trata de un reflotar tardío de viejas banderas populistas al amparo de un clima de efervescencia social. Existe una tercera lectura que busca en los componentes novedosos de estos regímenes una definición con solidez teórica como para sustentar una caracterización que escape a las tentaciones de etiquetar, con rótulos gastados, fenómenos que exigen un ejercicio de reflexión más profunda. Desde esta última óptica, aquí se sostiene que *se está en presencia de un intento de construcción —todavía preliminar— de una nueva hegemonía que actúe como contrapeso del bloque de poder estructurado por el gran capital nacional y los representantes locales de las corporaciones que controlan el mercado mundial.*

Palabras clave: nueva izquierda, neo-populismo, diversidad y nuevos actores, contra-hegemonía.

Abstract

How do we interpret the electoral triumph of political alliances of progressive and socially active groups in some countries of the region? What do Chavez, Evo Morales, the Kirchners, Lula, Correa, Jose Mugica and the recent victory of Ollanta Humala in Peru represent to the region? Who are the social actors on the streets? To some it is a response to two harsh decades of capitalist modernization programs. To others it is a return to old populist actors in the midst of social unrest and grievances. There is a new way to look at this development without having to engage in name tagging. This paper supports the idea that we are at a

* Sociólogo. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Consultor de la Dirección General de Empleo de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, México.

preliminary stage of a new hegemony that counters big local businesses and representatives of transnational corporations.

Keywords: New left, neo populism, diversity and new actors, counter hegemony.

Resumo

Como interpretar o triunfo eleitoral dos partidos e alianças políticas de nuance progressista e ampla base social em alguns países da região? Que representam os governos de Chávez, Evo Morales, os Kirchner, Lula, Correia, José Mugica e a vitória de Ollanta Humala no Peru? Quem são os atores sociais que ganham as ruas com novas palavras de ordem e demandas que excedem as reclamações puramente econômicas? Para alguns autores não é mais do que a volta do pêndulo político para as questões de caráter social após duas décadas de duros programas de modernização capitalista. Para outros, trata-se do ressurgimento de velhas bandeiras populistas em um clima de efervescência social. Existe uma terceira leitura que procura nos componentes novos destes regimes uma definição com solidez teórica para sustentar uma caracterização que evite a tentação de etiquetar, com rótulos gastos, fenômenos que exigem um exercício de reflexão mais profunda. Desde esta última ótica, aqui se sustenta que *se está na presença de uma tentativa de construção –ainda preliminar – de uma nova hegemonia que atue como contrapeso do bloco de poder estruturado pelo grande capital nacional e os representantes locais das corporações que controlam o mercado mundial.*

Palabras chave: nova izquierda, neo-populism, diversidade e novos atores, contra-hegemonia.

El último lustro del siglo XX y los primeros años del actual mostraron un vuelco alentador en el panorama político latinoamericano. Y no era para menos, después de casi veinte años de hegemonía de fuerzas conservadoras, en varios países de la región los procesos electorales dieron el triunfo a partidos o alianzas políticas progresistas. Estas coaliciones son, por lo general, la expresión de un conglomerado relativamente heterogéneo de grupos sociales y partidarios; no obstante, el tono dominante del discurso y la orientación de algunas de las disposiciones de carácter programático que aplican tienen el propósito manifiesto de revertir los aspectos más regresivos de las estrategias neoliberales de los noventas.

Uno de los aspectos más significativos de este resurgir del campo popular es la recuperación de los escenarios electorales por parte de partidos y movimientos que habían sido satanizados pocos años antes, señalados como los responsables de la crisis y abanderados de proyectos populistas trasnochados surgidos en la segunda pos-guerra. Las victorias electorales de Hugo Chávez en Venezuela, Lula da Silva en Brasil, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Néstor y Cristina Kirchner en Argentina, expresan el resurgir bajo nuevas formas y demandas del “fenómeno popular”. El escrutinio favorable de las urnas no es un dato menor, el pronunciamiento del electorado otorga legalidad jurídica a gobiernos que cuentan con una sobrada legitimidad social. Si los “populismos clásicos” de los cincuenta y sesentas fueron impugnados y

objeto de críticas corrosivas por parte de políticos y juristas conservadores ante una supuesta falta de apego a los mecanismos de la democracia representativa por parte de los líderes de aquella época, es indudable que los mandatarios que se citan en este ensayo están lejos de violentar los dispositivos de la democracia formal. Todos ellos han dado pruebas, reiteradas en algunos casos, de aceptar y someterse al mandato de las urnas y acatar el pronunciamiento de los ciudadanos, aún en aquellas confrontaciones electorales de carácter plebiscitario en las cuales el conteo final no ha resultado favorable a sus gobiernos, y con ello se ponen en entredicho instrumentos de políticas públicas que resultan sustantivas para consolidar la base social de sus regímenes.

Ahora bien, como suele ocurrir, los cambios en el horizonte político latinoamericano pescaron a muchos académicos y analistas sociales con los reflejos dormidos y con los dedos detrás de la puerta. Frente a los procesos emergentes, además de un primer gesto de asombro y simpatía, surgieron en muchos estudiosos algunas preguntas que siguen sobre la mesa: ¿qué tipo de fenómeno social expresan los nuevos gobiernos agrupados bajo la definición genérica de centro-izquierda?; ¿qué características definen el liderazgo de mandatarios como Chávez, Lula, Kirchner, Morales o Correa?, y ¿qué tan cercanos o distantes se encuentran estos nuevos regímenes de los movimientos nacionalistas-populares de hace cuatro o cinco décadas?

En el abordaje de este tema existe un acto reflejo casi natural, destinado a buscar argumentos regresando la mirada hacia la historia política del continente. Mediante razonamientos hipotéticos de largo plazo y con espíritu minucioso, se trata de hurgar en la especificidad de los procesos sociales y en la conformación de las fuerzas políticas populares como una vía que haga posible arribar a la fuente de la cual surjan las razones que expliquen la naturaleza de fenómenos políticos actuales. Por este camino se espera hallar –más por comodidad conceptual que por certeza teórica– las categorías que permitan clasificar y dar cuenta de los elementos que convergen en la composición de gobiernos de amplia base social, de tinte progresista y de reciente surgimiento. Sin duda, los procesos históricos ofrecen antecedentes relevantes por medio de los cuales se pueden descubrir tendencias, identificar actores, reconocer comportamientos y ponderar experiencias. Pero existe un riesgo que aparece con frecuencia en la literatura social de los últimos años: quienes se encierran en esta opción metodológica terminan por equiparar los gobiernos mencionados con los conglomerados de clases y sectores sociales que la sociología académica agrupó durante los años cincuentas y sesentas bajo el concepto tan incluyente como equívoco de “populismo”. Animado por un principio ideológico oculto y con una intencionalidad condenatoria no declarada, que alienta cierto “ajuste político” y la búsqueda de atajos teóricos, suele definirse, desde esta perspectiva,

a los regímenes de Morales, Chávez, Correa, Kirchner y Lula como la continuación, apenas remozada, de la tradición política inaugurada por los movimientos populistas en la década de los cuarentas.

Un conjunto más o menos uniforme de indicadores –según el autor que se consulte– parece abrir el camino por el cual se despejan las incógnitas más relevantes. Hoy como ayer, se estaría en presencia de gobiernos caracterizados por: a) fuertes liderazgos personalizados basados en el carisma mediático de los jefes de Estado y no en las jefaturas y la autoridad que surgen del aval y el reconocimiento que se nutre de las instituciones; b) las bases sociales que le dan sustento están constituidas por amplias capas de población trabajadora, organizaciones sindicales y de pequeños productores urbanos y rurales, sectores medios de bajos ingresos y otros integrantes del llamado campo popular; c) los sectores empresariales ligados al mercado interno y estrechamente vinculados al Estado constituyen el motor de la economía nacional; d) el manejo de los asuntos públicos descansa principalmente en acuerdos de carácter corporativo entre organizaciones sociales y empresarios, por lo que el gobierno tiende a subestimar el papel de “contrapeso” de los poderes legislativo y judicial; e) la centralización de las funciones públicas en un líder carismático deteriora los mecanismos previstos en la democracia representativa para elegir a las autoridades y propicia la perpetuación de los mandatarios en el ejercicio del poder presidencial, y f) desde el Estado se articula un discurso que exalta los valores nacionales frente a las potencias dominantes y enaltece los atributos de los sectores populares como principales destinatarios de las acciones de gobierno. Al mismo tiempo que, desde el terreno de la cultura, se denuncia la mezquindad y falta de patriotismo de los grupos económicos más concentrados y de las franjas sociales de altos ingresos (Vilas, 1995; Laclau, 2010).

Las seis particularidades mencionadas no agotan los rasgos que la sociología y las ciencias políticas utilizaron para definir la naturaleza de los llamados regímenes populistas, pero son suficientes para dar pie a la reflexión que se propone realizar en este artículo. En principio, si se recurre a la historia como fuente de inspiración y conocimiento, tenemos la obligación de ser cuidadosos al momento de contextualizar los hechos que se analizan. El fenómeno de los movimientos “nacionalistas populares” tal y como se presentó en nuestros países –para diferenciarlo de otras experiencias que muestran grandes conglomerados sociales poli-clasistas, en particular el populismo ruso de base campesina– surge en una coyuntura particular de la historia latinoamericana, *es el momento de la constitución y emergencia de actores sociales que se consolidaron cuando las economías de la región profundizaban la industrialización sustitutiva de importaciones, diversificaban el patrón de acumulación heredado del siglo XIX y redefinían su estrategia de crecimiento.* El

renovado protagonismo de las clases subalternas excedía los reclamos puramente gremiales, por lo cual no tardó en manifestarse una crisis de representatividad política que desbordó a los partidos y aceleró el resquebrajamiento de los antiguos sistemas institucionales de dominación oligárquica. Estos datos de carácter estructural y otros acontecimientos de naturaleza política, vinculados a la creciente demanda de las organizaciones obreras y campesinas, con peso cambiante según las particularidades de cada formación social, explican la conformación de movimientos de amplia base social, con líderes y dirigentes populares cuyo ejercicio de la autoridad estaba más cercano a los actores de carne y hueso que le daban sustento a su mandato que a las instituciones y partidos heredados de las repúblicas conservadoras. Los sistemas electorales formulados durante el siglo XIX o diseñados en las primeras décadas del XX, así como el propio poder judicial, habían sido pensados para facilitar el juego de alternancia entre fuerzas políticas afines al sistema de dominación, o bien para legitimar dictaduras cuando las crisis de hegemonía en el bloque dominante ponían en riesgo el sistema de control oligárquico.

Con la irrupción de los movimientos populares los antiguos mecanismos e instrumentos de participación política resultaron insuficientes para contener y dar respuesta al protagonismo de sindicatos, agrupamientos campesinos, asociaciones de pequeños y medianos productores, y capas medias deseosas de hacerse escuchar al momento de diseñar un nuevo marco institucional. Quienes ganaban la calle y reclamaban voz y voto en la definición de las políticas públicas eran el producto de las condiciones sociales y económicas gestadas por el fenómeno de industrialización y modernización capitalista del campo, de los enclaves mineros y centros comerciales vinculados al mercado mundial. La expansión del trabajo asalariado, el crecimiento del mercado interno y la consolidación de un espacio urbano con un fuerte componente obrero, tenían un inocultable protagonismo social que desbordaba las estructuras de los partidos tradicionales. Si había más riqueza y reclamos sociales pendientes, los sindicatos y organizaciones populares decían presente, ocupar la calle fue el paso previo al triunfo electoral de estos movimientos que en algunos casos adoptaron la forma de partidos y en otros mantuvieron estructuras organizativas de carácter corporativo y "movimientista" con soporte en las organizaciones sindicales y campesinas.

Hubo otro rasgo que marcó este momento histórico, en la mayoría de los países que registraron la emergencia de procesos "nacional-populares" de cierta eficacia política: se incrementó la presencia del Estado mediante la creación de organismos públicos en las áreas de seguridad social, a través de la regulación de las actividades productivas y el control del comercio exterior. Al mismo tiempo, y por la vía de la expropiación o de la administración estatal de ciertas

actividades económicas estratégicas (transporte, minería, petróleo); se desplazó a importantes franjas del capital privado y se reforzó el carácter rector del Estado en áreas sustantivas de la economía. Esta estrategia de desarrollo generó las condiciones materiales que propiciaron el establecimiento de un marco institucional y de participación social que algunos autores definieron como sistema “Estado-céntrico” (Cavarozzi, 1994).

Las condiciones económicas y sociales que hicieron posible el surgimiento de vastos movimientos poli-clasistas, agrupados bajo las banderas del nacionalismo popular, guardan escasa similitud con la realidad que afrontan las sociedades latinoamericanas de fines del siglo XX y principios del XXI. Es explicable la aparición de liderazgos como el de Getúlio Vargas en Brasil durante los años treinta, y de João Goulart más tarde, Jacobo Arbenz en Guatemala, Juan Perón en Argentina y el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estenssoro y Juan Lechín en Bolivia, dentro del marco general que de manera rápida se describió anteriormente. Pero resulta difícil asimilar, de forma lineal, los gobiernos de Chávez, Evo Morales, Lula o Kirchner con aquellas experiencias, como si se tratara de una puesta en escena de actores rescatados súbitamente por una voluntad ajena a los propios protagonistas.

Si se toma como eje del análisis el estudio de las condiciones económicas generales en las que surgieron los “populismos clásicos” y el contexto en el cual emergen los gobiernos “populares” de fines de los noventa y principios del año 2000, los elementos que definen uno y otro momento marcan diferencias sustantivas. Desde mediados de los ochentas se impulsó un profundo proceso de reestructuración de los capitalismo latinoamericanos que se tradujo en la aplicación de programas neoliberales que trastocaron el conjunto de la vida social y golpearon con particular dureza al mundo del trabajo. La materialización de estas políticas incluyó la privatización de grandes empresas públicas, la disolución de organismos del Estado que habían sido creados como entes reguladores de los precios y el suministro de bienes y servicios básicos, la desregulación de los mercados de trabajo, así como el repliegue de las instituciones públicas en áreas sustantivas del quehacer social como la educación y la salud (Basualdo, 2003).

El conjunto de disposiciones que se mencionan generaron un escenario radicalmente distinto para los gobiernos que accedieron al poder en los últimos años del siglo XX y principios del XXI. Ya no se trataba de interpretar las demandas de un movimiento obrero relativamente joven y pujante, o de atender el reclamo de ciertas franjas del empresariado surgido en coyunturas internacionales favorables y cuyo perfil productivo estaba destinado a satisfacer los requerimientos del mercado interno, al mismo tiempo que se desplazaba a

sectores oligárquicos cuyo poder se sustentaba en la propiedad de la tierra o de enclaves mineros. Por el contrario, el tono dominante del “nuevo progresismo” se acerca más a un proyecto que procura atenuar y revertir, en parte, los efectos sociales más catastróficos de las políticas neoliberales. Desde este ángulo se escucha el reclamo de aquellos segmentos de la sociedad más golpeados por la pérdida de conquistas históricas en el terreno de los beneficios y prestaciones que fueron dificultosamente conquistadas durante las décadas de los cuarentas, cincuentas y sesentas, y erosionadas por la aplicación de políticas desregulatorias del mercado laboral. Sin contrariar la tendencia dominante de los últimos 30 años que marca un nuevo tipo de integración de las economías periféricas al mercado mundial, ni eludiendo el enorme desafío de las innovaciones tecnológicas aplicadas a la producción, se procura desde el Estado convocar a un auditorio variopinto con nuevos actores y algunos antiguos protagonistas –debilitados en muchos casos– a constituir una voluntad colectiva desde la cual negociar en mejores condiciones con los grandes centros financieros internacionales, al mismo tiempo que se promueve una distribución más equitativa de los costos sociales que representa la modernización de los capitalismos latinoamericanos (Nun, 1992; Moreira, 2007).

Lo popular ayer y hoy: antiguos y nuevos actores en el activismo social de nuestros días

A estas alturas es pertinente formular una pregunta que contribuya a explicar quiénes fueron los protagonistas de ayer, y qué tipo de fuerzas sociales son las que se movilizan hoy, o dicho de otra forma: ¿quiénes llenaron la plaza pública en la primeras grandes experiencias del “nacionalismo popular”, y quiénes acuden al llamado de este nuevo progresismo surgido en una etapa marcada por la revolución tecnológica, la degradación del mundo del trabajo y la globalización de los mercados?

Los pilares del anterior sistema de gobernabilidad se levantaron sobre fuertes organizaciones corporativas –de carácter obrero como las grandes centrales sindicales, o campesino como las confederaciones que representaban a productores rurales y trabajadores del campo, o por medio de organismos barriales y agrupaciones territoriales cuando el perfil laboral era más débil–, pero en todos los casos el predominio del trabajo asalariado como relación social dominante marcaba el diseño de las políticas públicas en materia de seguridad social y crecimiento económico. Esto explica el marcado protagonismo de los sindicatos en los procesos de constitución de esos vastos conglomerados sobre los cuales emergieron liderazgos de perfil carismático como el del general Cárdenas en México, Vargas en Brasil, Perón en Argentina, los dirigentes mineros

del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) en Bolivia o del general Velasco Alvarado en Perú a fines de los sesentas, un caso relativamente tardío con respecto a los anteriores. En la mayoría de las experiencias referidas las condiciones que hacían posible la gobernabilidad surgían de acuerdos corporativos promovidos por el Estado y suscritos por sindicatos, organizaciones populares y cámaras empresariales, con lo cual se sustituían algunas de las funciones que por normas de carácter jurídico le están reservadas a los partidos políticos y al parlamento.

Desde fines del siglo XX y principios del actual, los espacios públicos vuelven a ser ocupados pero ahora por nuevos rostros, algunos de ellos reciclados por una base productiva que cambió radicalmente en los últimos 30 años, mientras que otros expresan la mirada de una enorme masa de pobres y desposeídos, de trabajadores desplazados de las fábricas y transformados en autoempleados, de millones de mujeres y jóvenes cuyos ingresos provienen de las llamadas actividades informales, de obreros desocupados y de trabajadores temporales en condiciones de inestabilidad y desprotección (Castel, 2010). Las experiencias nacionales ofrecen un abanico tan amplio como heterogéneo de este nuevo protagonismo social; si empezamos por México es obligado citar la reaparición del movimiento campesino de base indígena en la escena pública. La formación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), nacido en el estado de Chiapas y que hizo su aparición en enero de 1994, constituye, en este sentido, un caso paradigmático. La marcha zapatista de marzo de 2001 hacia la capital del país, el Distrito Federal, y otras ciudades del centro de la República, y la presencia de representantes del EZLN en el Congreso, marcaron una peculiar manifestación de las demandas de grupos de población segregados en las que se conjugan reclamos por mejoras materiales inmediatas con voces que vienen de procesos históricos centenarios (Palazón, 2009).

En otro contexto social, con un valioso caudal de experiencias de luchas urbanas asociadas a dimensiones que pasan por temas que son estructurantes de una identidad obrera, como es la petición de trabajo y salario, el movimiento de los trabajadores desocupados en Argentina (los *piqueteros*) ocupó, en diciembre de 2001, las plazas de Buenos Aires para tumbar al gobierno del presidente De la Rúa y exigir “que se vayan todos”, incluyendo en ese grito a la dirigencia de los partidos políticos tradicionales, a banqueros corruptos y patrones responsables del derrumbe de sus propias empresas (Pousadela, 2007). En octubre de 2003, la rebelión de los pueblos indígenas de los barrios de El Alto y de la zona del Altiplano culminó con la ocupación del centro de la capital boliviana, La Paz, y con el derrocamiento del presidente conservador Gonzalo Sánchez de Losada. Pueden mencionarse otros casos como el levantamiento de las comunidades indígenas ecuatorianas contra los contratos sus-

critos por el gobierno con una petrolera trasnacional cuya presencia ponía en riesgo el hábitat donde viven y cultivan la tierra estos pueblos originarios. Pero lo relevante es, para los propósitos de este escrito, dar cuenta de algunos fenómenos colectivos recientes, menos estructurados que sus antecesores, aquellos que nacieron al amparo del desarrollo industrial y la conformación de actores que respondían a la lógica que se estableció a partir de la expansión de las relaciones asalariadas de producción. En los acontecimientos que se citan, las nuevas fuerzas sociales se movilizan detrás de referentes simbólicos y reclamos propios, con liderazgos que responden a necesidades de carácter más inmediato y con menos vocación histórica que las dirigencias populares que se encolumnaron detrás de los grandes movimientos nacionales de hace cinco o seis décadas.

No se trata, por lo tanto, de una súbita reaparición de coaliciones sociales populistas surgidas durante los años treinta o al finalizar la Segunda Guerra, sino de *una confluencia de clases y sectores que expresan nuevas tendencias producto de la situación de quiebre y segmentación del tejido social que provocaron las reformas neoliberales y las exigencias, cada vez más duras, del mercado mundial.*

Pero no pueden entenderse los procesos sociales como la suma de prácticas individuales o como un agregado numérico de sujetos sin historia. Cada manifestación de protesta colectiva carga con un pasado de prácticas comunes y valores propios de la cultura de las clases subalternas que dejan su impronta en los nuevos movimientos sociales. Si en países con tradiciones indígenas y campesinas de arraigo como Bolivia, Ecuador o México la herencia de las comunidades indígenas –como espacios de vida y producción– es un patrimonio que marca su sello en cada acto, para las sociedades con mayor peso urbano y tradiciones obreras más fuertes las experiencias de luchas sindicales y asambleas de fábrica aportan “saberes organizativos y tácticas de resistencia” que las agrupaciones *piqueteras* y asociaciones barriales han sabido incorporar (Eckstein, 2002; Gilly, 2004).

De esta manera, es posible explicar que en la recuperación de los espacios públicos converjan “viejos actores” reciclados por imperio de los cambios estructurales y fuerzas sociales emergentes que reclaman y se apoderan de los anteriores canales de participación social que se fueron vaciando por el debilitamiento del empleo convencional y el crecimiento de la precariedad ocupacional. Estos rasgos del mercado de trabajo que modificaron las condiciones de contratación y uso de la fuerza laboral minaron la base social del movimiento obrero y generaron las condiciones propicias para que ganara presencia el activismo callejero de nuevos agrupamientos populares. Quienes interpelan

ahora de manera más virulenta a las autoridades suelen ser sectores que provienen de los frentes territoriales (barrios y localidades con carencias materiales graves), asociaciones de mujeres o de jóvenes que demandan igualdad de oportunidades y de trato, comunidades indígenas y organizaciones de trabajadores desocupados o personas económicamente activas que revisten en condiciones de desempleo crónico (Albertani, 2005). Desde las asociaciones feministas y los movimientos de campesinos sin tierras hasta las agrupaciones de trabajadores desocupados, así como los diversos centros que nuclean a segmentos de la población que reclaman igualdad de trato y reconocimiento a partir de cierta identidad étnica o religiosa, la plaza pública es el embrión de un nuevo bloque social que se siente parcialmente expresado por los mandatarios que están al frente de los gobiernos de Bolivia, Ecuador, Venezuela, Brasil, Argentina y en Uruguay con el presidente José Mugica, destacado militante de la izquierda de su país durante los años setentas y decidido impulsor de la conformación de un frente común ante las potencias acreedoras.

Existen algunos objetivos comunes en todos ellos. Cabe destacar, en esta línea, el reiterado apoyo a la unidad latinoamericana, el fortalecimiento de los acuerdos económicos regionales, el impulso a políticas sociales que aseguren una mejor distribución del ingreso y la defensa de una plataforma regional desde la cual se pueda negociar en condiciones más favorables con los organismos financieros internacionales. Sin embargo, cada gobierno es la expresión de una historia política particular, el Movimiento al Socialismo (MAS) de Evo Morales tiene referentes simbólicos y culturales que provienen de los campesinos cocaleros, y que guardan poca relación con las estructuras partidarias heredadas del peronismo, que sirven de soporte al "Frente para la Victoria" que llevó al poder a Néstor y Cristina Kirchner. El Frente Amplio de Uruguay, principal sostén político del presidente Mugica, reconoce antecedentes que difieren de la coalición partidaria que le permitió triunfar al presidente Rafael Correa en Ecuador. En Venezuela el presidente Chávez surgió como una tercera opción ante el agotamiento del sistema bipartidista establecido por Acción Democrática y la COPEI en 1958.

Con estos antecedentes es posible afirmar que en las bases sociales que apoyan a estos regímenes se encuentran actores políticos y sujetos del campo popular en proceso de formación; en algunos casos la construcción de estas nuevas identidades se gesta más desde el territorio que desde la producción. El interlocutor cuestionado no siempre es el empresario capitalista como en las épocas del pleno empleo y crecimiento del trabajo asalariado, los reclamos suelen estar dirigidos hacia los funcionarios públicos sobre asuntos tan vitales como el apoyo a emprendimientos productivos impulsados por las propias comunidades o la generación de nuevas fuentes de trabajo.

Los procesos que se describen forman parte de un *interregno* que se abre con la pérdida de legitimidad social de agrupamientos políticos tradicionales, y con los efectos desarticuladores que produjeron sobre el mundo del trabajo los programas de modernización capitalista. Como en toda etapa de "transición" el interés de etiquetar fenómenos emergentes es tan tentador como riesgoso, por eso deben cuestionarse ciertas adjetivaciones apresuradas que buscan en descriptores vacíos de contenido una forma de encasillar a los regímenes citados. El "identificador" más socorrido por la prensa conservadora y la derecha académica es la definición peyorativa de "neo-populismo" o "populismo radical", mientras que desde el pensamiento crítico se recurre a una calificación que en el fondo encierra una actitud política más esperanzadora: nueva izquierda.

Para ser consecuentes con nuestra lectura de los procesos políticos a los que se refiere este escrito, preferimos pensar *que se está en presencia de una propuesta de construcción –todavía temprana y preliminar– de una nueva hegemonía que sirva de contrapeso al bloque de poder estructurado por el gran capital nacional y los representantes locales de las corporaciones que controlan el mercado mundial*. La composición de esta nueva confluencia de fuerzas sociales excluidas por el sistema neoliberal, así como sus acuerdos y equilibrios internos, no están aún definidos y tienen por delante una tarea histórica de largo alcance. Entre otros aspectos, la verdadera prueba del ácido incluye: afrontar y resolver los temas duros que confrontan a nuestros países con los grandes centros del poder económico mundial; definir los marcos de la negociación con la banca internacional y modificar la relación con el Fondo Monetario Internacional (FMI); definir el destino del manejo de los recursos naturales, incluyendo petróleo y fuentes energéticas alternativas; establecer nuevas instancias de participación social que superen las limitaciones de las antiguas formas corporativas; ampliar los derechos ciudadanos y asegurar un ingreso básico universal, y normar el papel del Estado y del capital privado en la administración de servicios públicos como educación, transporte y salud.

La consolidación y durabilidad de este proyecto, aún balbuceante, es una incógnita, no sabemos qué pueda suceder con los gobiernos de Chávez, Morales, Kirchner, Correa, Mugica o Humala. Como todo proceso social en marcha, el mismo desarrollo de los acontecimientos y la voluntad política de los actores definirá su suerte. Mientras tanto, es prudente seguir con atención su derrotero y no gastar tinta en palabras que agregan poco al conocimiento y que sólo contribuyen a llenar espacios en editoriales y notas periodísticas de escribas a sueldo de la televisión comercial en horario "triple A".

Bibliografía

- ALBERTANI, Claudio (coordinador) (2005), *Imperio y movimientos sociales en la edad global*, México, Universidad de la Ciudad de México.
- BASUALDO, Eduardo (2003), *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires, UNQ/FLACSO/IDEP.
- CASTEL, Robert (2010), *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- CAVAROZZI, Marcelo (1994), "América Latina contemporánea. Erosión del Estado y devaluación de la política", en Manuel Canto y Pedro Moreno (compiladores), *Reforma del Estado y Políticas Sociales*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- ECKSTEIN, Susan (coordinadora) (2002), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, México, Siglo XXI.
- GILLY, Adolfo (2004), "Populismo radical: un sujeto político no identificado", en *La Jornada*, México, 1 de junio.
- LACLAU, Ernesto (2010), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- MOREIRA, Carlos (2007), "Los dilemas de la nueva izquierda gobernante en América Latina", en *Argumentos*, México, nueva época, año 20, mayo-agosto, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- NUN, José (1992), *La rebelión del coro*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- PALAZÓN, María Rosa (2009), "Ecos del ayer en los pueblos zapatistas. Fernández de Lizardi e Ignacio Ramírez", en *Estudios Latinoamericanos*, México, nueva época, núm. 23, enero-junio, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- POUSADELA, Inés (2007), *Que se vayan todos. Enigmas de la representación política*, Buenos Aires, Colección "Claves para Todos".
- VILAS, Carlos (compilador) (1995), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, CONACULTA.